ANDRÉS ORDÓÑEZ

La intuición del presente

PUBLICADO EN

Encuentros2050

Año 2, núm. 13, enero de 2018
Coordinación de Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México
México, 2018, pp. 20–22
Editora responsable: María Alejandra Ordóñez Cruickshank

Versión preparada para lectura en línea a partir de la publicación original.
La revista autoriza la reproducción de los artículos con cita de la fuente;
las imágenes originales se omiten porque sus derechos de reproducción no están incluidos.

LA INTUICIÓN DEL PRESENTE

ANDRÉS ORDÓÑEZ



Nada se asemeja tanto al pensamiento mítico como la ideología política. En la sociedad actual sólo ésta ha venido, en cierto modo, a sustituirlo.
Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural*.

En *La intuición del instante*,[1] Gaston Bachelard plasma una demorada reseña analítica del libro *Siloë*,[2] obra de su amigo y colega en la Universidad de Dijon, Gaston Roupnel, dedicada a la reflexión sobre el tiempo. Al inicio de su extenso comentario Bachelard afirma que la idea central de Roupnel es que la única realidad del tiempo es el instante. De tal suerte, para Bachelard la consideración de Roupnel implica que el tiempo es una realidad encasillada en el instante y suspendida entre dos nadas.[3] En ese orden de ideas, el pasado y el futuro pierden validez empírica y arrojan el ser humano a una inevitable soledad existencial. En última instancia, el instante y, por lo tanto, el presente como realidad, es la conciencia de la soledad.

Ignoro cuanta atención haya dedicado Octavio Paz a las consideraciones de Bachelard o si tuvo conocimiento de la obra de Roupnel. No sería extraño que haya tenido contacto con ambas, pues Roupnel publicó su *Siloë* en 1927, el libro de Bachelard sale en 1932 y Paz llega a París en 1945 como tercer secretario de la entonces legación de México en Francia,[4] año en que Roupnel publica su revisión del libro con el título de *La Nouvelle Siloë*. El caso es que la pregunta fundamental que Octavio Paz formula en su célebre *Laberinto de la soledad* (1951) parece guardar correspondencia con la idea central de *Siloë*.

A mediados del siglo xx la pregunta sobre la identidad de los mexicanos, referida

1 Gaston Bachelard, *L'intuition de l'instant* (París: Éditions Stock, 1932).
2 Gaston Rounel, *Siloë* (París: Éditions Stock, 1927).
3 "*...le temps est une réalité resserrée sur l'intsant et suspendue entre deux néants*."
4 Ver Andrés Ordóñez, "Puertas al mundo. Itinerario diplomático y sentido intelectual en Octavio Paz", en *Devoradores de ciudades. Cuatro intelectuales en la diplomacia mexicana* (México: Ediciones Cal y Arena, 2002) 205-252.

por diversos pensadores en los primeros treinta años del siglo, fue retomada por Paz ante lo que se hubiese podido considerar el instante encasillado entre dos nadas en sentido estricto: un pasado pretendidamente indígena y un futuro por definición inexistente. Este cuestionamiento magistralmente incorporado por Paz en su bella idea de la modernidad como un continuo de tradición y ruptura, acaso haya sido también la premonición del agotamiento del universo simbólico que a partir de 1929 había cohesionado el imaginario colectivo mexicano.

Al desplome del orden porfiriano después de la sucesión de sangrientas revueltas, las diversas facciones en conflicto logran un punto de acuerdo. El primer logro en ese sentido fue la formalización del pacto en el texto constitucional de 1917. No obstante, no sería sino hasta 1929 que el cese de la sucesión de traiciones y asesinatos se consolidara en la conformación de un foro para la administración del poder, en cuyo seno se llevó a cabo lo que a la mexicana fue la alternancia de poder.

En el proceso de construcción de las instituciones posrevolucionarias fueron relevantes los aportes de las doctrinas resultantes de la crisis del liberalismo decimonónico. La doctrina fascista y el marxismo leninismo, gemelos resultantes de dicha crisis, brindaron al sistema político en formación elementos útiles en la construcción de su arquitectura institucional. A ello se sumó un tercer elemento, escasamente considerado en el estudio de la consolidación de la cultura política mexicana del siglo xx pero, a nuestros ojos, capital para su comprensión: el ideario y, más precisamente, el imaginario conservador que desde mediados del siglo xix pervive asimilado en los conceptos, pero especialmente en las prácticas del liberalismo mexicano. Autoritarismo, verticalidad, nacionalismo a ultranza, liderazgo carismático, organización corporativista de las masas, concentración del poder y, por lo tanto, de las decisiones de Estado, son algunos rasgos característicos de los regímenes emanados de la Revolución Mexicana.

El Nacionalismo Revolucionario, sin ser monolítico, proporcionó los parámetros generales que encauzaron la cultura política de México durante medio siglo xx. Ello fue posible, entre otras cosas, por haberse emplazado en línea de continuidad con la formula ideológica que había podido conciliar y encauzar las dos tendencias ideológicas opuestas y complementarias a lo largo del siglo xix: el liberalismo conservador, doctrina ideológica que sustentó el porfiriato. El liberalismo conservador, formulado por Justo Sierra y los jóvenes editores del periódico *La Libertad* en los últimos años de la década de 1870, tuvo su continuación en la acción de los discípulos de Sierra, aquellos que antes del estallido de la guerra civil en 1910 habían sido integrantes del Ateneo de la Juventud: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Diego María Rivera, Nemesio García Naranjo, Alfonso Caso, Julio Torri, Isidro Fabela, Manuel María Ponce, etcétera, y quienes en buena medida construyeron conceptualmente el aparato institucional del México del siglo xx.

El Nacionalismo Revolucionario estructuró el poderoso universo mitológico, es decir, el conjunto de creencias compartidas,[5] sobre la cual se construyó la cultura política mexicana del siglo xx. Si, como afirma Benedict Anderson, el nacionalismo es un hecho fundamentalmente imaginario en la medida en que dos personas se asumen como pertenecientes a la misma nación en virtud de su voluntad de imaginarse así,[6] el Nacionalismo Revolucionario brindó el elemento indispensable para cohesionar el imaginario colectivo mexicano con una solidez nacionalista nunca antes alcanzada.

Un elemento protagónico en la articulación de los valores en el marco del Nacionalismo Revolucionario fue, desde luego, la exaltación de los rasgos raciales y culturales mexicanos. No obstante, esa exaltación facilitó la simplificada generalización de los rasgos nacionales en detrimento de la diversidad. Sobre el particular y a guisa de ejemplo, tenemos los estudios de Ricardo Pérez Montfort sobre la invención del México típico con los charros y las chinas poblanas en la época de Lázaro Cárdenas.[7]

Esta cohesión del imaginario se dio sobre la base de la singularización de lo mexicano con relación a la otredad, la cual no pudo ser otra que el ámbito no mestizo, ni indígena, ni católico, ni hispanoparlante, ni colectivista, ni patrimonialista y con una acendrada ética protestante. De modo que todo lo que no éramos nos afirmaba en lo se suponía que éramos. La retórica política que generó fue un instrumento inmejorable para administrar el sentimiento anti-estadounidense heredado de nuestra filiación hispánica. En ese sentido tenemos, por ejemplo, la Doctrina mexicana de política exterior, que, ubicada en el arco de largo plazo del devenir histórico nacional, podría considerarse como uno de los productos más acabados del pensamiento conservador de cuño hispánico[8] y, mirada en detalle, una evidencia de la manera en que ese pensamiento pervivió desde el colapso del Primer Imperio Mexicano en 1824.

Con todos los problemas que supuso el andamiaje ideológico del Estado en el periodo que corre entre 1929 y 1980, el marco de valores de la cultura

5 Cf. Gianni Vattimo, *La sociedad transparente* (Buenos Aires: Paidós, 1990) 120.

6 Benedict Anderson, *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationaism*, (Londres: Verso, 1983).

7 Ricardo Pérez Montfort, *Juntos y medio revueltos. La Ciudad de México durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas y otros ensayos* (México: Sábado Distrito Federal, 2000).

8 Ver, Andrés Ordóñez, *Los avatares de la soberanía. Tradición hispánica y pensamiento político en la vida internacional de México* (México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005).

política nacional ofreció al ciudadano un encuadramiento estable y definido, pero que fue perdiendo consistencia conforme las contradicciones entre el discurso político y económico y la realidad social se hicieron flagrantes. Para la década de 1960 los logros económicos y sociales de los gobiernos posrevolucionarios, habían producido un desarrollo que no fue acompañado por algo equivalente en el aspecto político. La clase media había cuadruplicado su tamaño en cinco décadas. Ello significó una población más educada, cosmopolita y crítica, que al interior y al exterior de los aparatos de gobierno fue cada vez más incisiva en el señalamiento de las fallas, vicios y defectos del sistema. La contradicción entre la retórica populista revolucionaria y la realidad de las políticas de desarrollo comenzó a generar protestas en las clases medias desde la década de 1950. Los movimientos de los maestros (1956-1960), los telegrafistas (1957), los ferrocarrileros (1958) los médicos (1964) y los estudiantes (1968) son ejemplos de ello.

El gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari marcó la crisis profunda del encuadramiento tradicional de la cultura política mexicana. La necesaria adecuación del país a la realidad mundial hizo imposible seguir administrando el abismo entre discurso político y realidad económica. Este irreversible proceso había iniciado el 25 de julio de 1986 con la entrada de México al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). La apertura comercial significó el fin de la preponderancia del gobierno en la dirección de la economía y por lo tanto la redistribución del poder político. Dos años después, desde la cúpula del poder se inició el desmantelamiento del sistema, comenzando con la estructura corporativista del partido que había gobernado México desde 1929, y junto con ello ocurrió el desmoronamiento del universo mítico de la Revolución Mexicana, que había dado cohesión al imaginario político popular nacional.

Puede ser comprensible la necesidad del desmantelamiento del aparato institucional partidista, pero eso no justifica el irresponsable desprecio que mereció la cultura a quienes operaron ese cambio y, por lo tanto, su desdén por el valor simbólico en la política. El problema no fue que lo hayan hecho, no había de otra; sino cómo lo hicieron. La tecnocracia educada en Boston y Chicago ni siquiera sospechó la conveniencia de proponer algo a cambio. Nuestra clase dirigente, perteneciente a una generación calificada y cosmopolita como ninguna otra en nuestra historia, pero a todas luces inculta, fue y sigue siendo incapaz de reconocerse en la población que gobernaba entonces y que gobierna hoy. De la noche a la mañana vació de sentido la cultura política mexicana y dejó en vilo el imaginario colectivo nacional al despojarlo del universo mitológico en el que la sociedad a la que pertenece fue estructurada. Si como afirma Levi-Strauss, "nada se asemeja tanto al pensamiento mítico como la ideología política y en la sociedad actual sólo ésta ha venido, en cierto modo, a sustituirlo", los mexicanos hoy intuimos el presente como una realidad encasillada entre dos nadas. De allí, tal vez, el profundo malestar en nuestra cultura, incluida la política, y nuestra ingente soledad en el nuevo laberinto. •

Ilustración original omitida en esta versión por derechos de reproducción.

Andrés Ordóñez es Director del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España.